

EL ESTUDIANTE

7º 8º

Al principio el tiempo era aún bueno y apacible. Cantaban los tordos, y en las marismas vecinas algún ser vivo emitía un sonido tan lastimero y sordo como si alguien soplara en una botella vacía. Pasó volando una chocha perdiz, y el disparo que la iba dirigido retumbó alegremente en el aire primaveral. Pero cuando en el bosque empezó a oscurecer, se levantó de repente, del lado del este, un viento penetrante y frío, y todo enmudeció. Los charcos se cubrieron de agujas de hielo, y el bosque quedó como muerto, inhóspito y desolado. Olía a **invierno**.

Iván Velikopolski, hijo de un sacristán y estudiante de la academia eclesiástica, regresaba a casa de su cacería de chochas y caminaba todo el tiempo por un sendero que atravesaba una pradera inundada. Tenía los dedos entumecidos por el frío y el rostro enrojecido por el viento. Le parecía que aquel frío irrumpido tan de repente había alterado el orden y la armonía en todo, que la propia naturaleza se sentía turbada, y por eso la oscuridad vespertina sobrevenía más rápido que de costumbre. A su alrededor todo era desolado y de algún modo particularmente sombrío. Solo en los huertos “*de las viudas*”, junto al río, brillaba un fuego; pero en la lejanía, y allí donde como a cuatro verstas se hallaba el pueblo, todo se hundía en la fría niebla del atardecer.

El estudiante recordó que su madre, cuando él salió de casa, estaba sentada en el suelo, descalza, en el recibidor, limpiando el samovar; su padre, en cambio, yacía sobre la estufa y tosía; como era Viernes Santo, no se cocinaba, y él tenía muchas ganas de comer algo. Encogiéndose de frío, el estudiante pensó que ese mismo viento había soplado también en los tiempos de Riúrik, de Iván el Terrible y de Pedro el Grande, y que en aquellos tiempos había existido la misma miseria cruel, el mismo hambre, los mismos techos de paja agujereados, la misma ignorancia, la misma tristeza, la misma desolación y lobreguez, la misma sensación de opresión; todos esos horrores habían existido, existían aún y seguirían existiendo, y ni siquiera dentro de mil años sería mejor la vida. ... Y no tenía ninguna gana de volver a casa.

Los huertos se llamaban “*de las viudas*” porque los llevaban dos viudas, madre e hija. El fuego ardía con fuerza, crepitaba y con su luz iluminaba lejos los alrededores los surcos labrados. La viuda Vasilisa, una mujer alta y gorda, con la cara de vieja, estaba junto al fuego y miraba pensativamente el resollo; su hija Lukeria, pequeña, picada de viruela y de cara estúpida, estaba sentada en el suelo y lavaba una marmita y unas cucharas. Al parecer, acababan de cenar. Se oían voces de hombres; eran los gañanes que regaban los caballos en el río.

«*Ya ha vuelto el invierno*», dijo el estudiante, acercándose al fuego. Buenas noches.

Vasilisa se estremeció, pero al momento le reconoció y le sonrió acogedoramente.

—*No te había conocido, que Dios te guarde —dijo —para hacerte más rico.*

Charlaron. El estudiante contó que venía de la finca de los señores y que ahora se dirigía a su casa, y aprovechó para contarles que había salido de caza, pero que este tiempo no invitaba a nada.

—Yo soy hijo del sacristán —añadió—, vivo aquí cerca, en el pueblo, a esta misma orilla, más allá de las vegas.

El estudiante era tímido por naturaleza, y con los desconocidos, sobre todo con las mujeres, se azoraba. Pero ahora, sin darse cuenta de cómo, de repente se puso a hablar y a contar, mirando ora a la vieja ora a la hija, la historia del apóstol Pedro.

«También en una noche de frío así —empezó, estirando las manos hacia el fuego—, el apóstol Pedro se calentaba junto a un fuego, en el patio del sumo sacerdote. ¿Sabéis? También hacía mucho frío aquella noche. ¡Ay, qué noche tan terrible fue aquella, abuelita! ¡Una noche excepcionalmente triste y larga!»

Miró a su alrededor la oscuridad, sacudió la cabeza convulsivamente y preguntó:

«¿Habrás estado tú en la lectura de los Doce Evangelios?»

«Sí, he estado», contestó Vasilisa.

«Pues entonces te acordarás. En la Última Cena, Jesús dijo a Pedro: "En verdad te digo que esta misma noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces". Pedro le respondió: "Aunque tenga que morir contigo, no te negaré". Y después de la Cena, Jesús sintió angustia de muerte y oró en el huerto, y Pedro, cansado, con el alma abatida, tenía los párpados pesados y no podía vencer el sueño. Durmió. Luego, ya sabes, esa misma noche Judas besó a Jesús y lo entregó a los verdugos. Lo llevaron atado ante el sumo sacerdote y lo golpearon, y Pedro, agotado, atormentado por la tristeza y la angustia, ¿comprendes?, sin dormir y presintiendo que algo terrible iba a suceder pronto en la Tierra, se fue detrás... Amaba a Jesús apasionadamente, inefablemente, y ahora tenía que ver desde lejos cómo lo golpeaban...»

Lukeria dejó las cucharas y fijó su mirada inmóvil en el estudiante.

«Llegaron donde el sumo sacerdote —prosiguió él—, empezaron a interrogar a Jesús, y mientras los criados encendieron un fuego en el patio, porque hacía frío, y se calentaban. Con ellos, junto al fuego, estaba Pedro y también se calentaba, como yo ahora. Una mujer que lo vio, dijo: "Este también estaba con él"; es decir, que también a él había que llevarlo a declarar. Y todos los criados que estaban junto al fuego, probablemente lo miraron con desconfianza y severidad, porque él se turbó y dijo: "No lo conozco". Un poco después, alguien reconoció en él a uno de los discípulos de Jesús y dijo: "Tú también eres de ellos". Pero él volvió a negar. Y por tercera vez alguien se dirigió a él: "¿No te he visto hoy con él en el huerto?". Y él negó por tercera vez. Y en ese mismo instante cantó el gallo, y Pedro, que vio a Jesús a lo lejos, recordó las palabras que Él le había dicho en la despedida. Recordó, volvió en sí, salió del patio y lloró amargamente. En el Evangelio está escrito: "Y saliendo fuera, lloró amargamente". Me lo imagino: el jardín silencioso, oscuro, y en el silencio se oye un sordo sollozo...»

El estudiante suspiró y se sumió en sus pensamientos. Vasilisa, que seguía sonriendo, sollozó de repente, unas lágrimas grandes rodaron por sus mejillas, y se protegió el rostro con la manga del

resplandor de la lumbre, como si se avergonzara de sus lágrimas; Lukeria en cambio, que miraba fijamente al estudiante, se sonrojó; su rostro adquirió una expresión tensa y dura, como la de alguien que reprime un fuerte dolor.

Los gañanes volvían del río; uno de ellos, a caballo, estaba ya tan cerca que la luz del fuego le iluminaba vacilante. El estudiante deseó las buenas noches a las viudas y siguió su camino. Y de nuevo le rodeó la oscuridad, y otra vez sintió frío en las manos. Soplaba un viento terriblemente frío, el invierno había vuelto realmente, y no parecía que pasado mañana fuera Pascua.

El estudiante pensó ahora en Vasilisa: si ella se había puesto a llorar, significaba que todo lo sucedido en aquella noche terrible con Pedro también tenía relación con ella.

Miró a su alrededor. Solitario y tranquilo brillaba el fuego en la oscuridad, pero las personas que estaban a su lado ya no se veían. El estudiante volvió a pensar: el hecho de que Vasilisa llorara y su hija se hubiera turbado significaba claramente que todo lo que él acababa de contar, lo sucedido diecinueve siglos atrás, tenía relación con el presente, con aquellas dos mujeres y, probablemente, también con aquel pueblo desolado, consigo mismo, con todos los Hombres. Si la anciana lloraba, no era porque él hubiera contado conmovedoramente, sino porque Pedro le era cercano y porque ella sentía con toda su alma lo que había pasado en el alma de Pedro.

Y la alegría se agitó de repente en su corazón, e incluso se detuvo unos instantes para recobrar el aliento. El pasado, pensó, está unido al presente por una cadena ininterrumpida de acontecimientos que fluyen unos de otros. Y le pareció que acababa de ver los dos extremos de esa cadena: tocaba uno y temblaba el otro.

Cuando cruzó el río en la barca, luego subió la cuesta y miró primero hacia su pueblo natal y después hacia el oeste, donde, como una franja estrecha, brillaba el frío arrebol purpúreo del ocaso, pensó que la verdad y la belleza, que habían guiado la vida humana allí, en el huerto y en el patio del sumo sacerdote, se prolongaban ininterrumpidamente hasta hoy y constituían sin duda lo principal en la vida humana y en toda la Tierra; y el sentimiento de la juventud, de la salud, de la fuerza —solo tenía veintidós años— y la inefablemente dulce esperanza de la felicidad, de una felicidad desconocida y misteriosa, se apoderaron de él, y la vida le pareció encantadora, maravillosa y llena de profundo sentido.